

EL DESPUÉS

La guerra ya ha acabado. Muchos podrían pensar que el cementerio descansará un tiempo por esa incorrecta asociación de ideas: guerra, muertes, entierros... y sin embargo ahora la actividad es mucho mayor. Después de la guerra sólo queda una cosa. Miseria. Podría ser el nombre de cualquier personaje de un melodrama por entregas, y sin embargo no deja de ser el rastro de la pobreza, la podredumbre y la devastación.

El pueblo es un vestigio lóbrego de lo que fue en su época de auge, antes de la guerra. Parece que sólo quedan cenizas de la población anterior: viudas y huérfanos por todas partes, lisiados y enfermos que sobrevivieron a la guerra. Ángel *el de la fandanguera* es uno de los pocos que regresaron. Cuando la noticia de que la guerra había acabado llegó al pueblo, casi todos estaban reunidos en la plaza. El transistor escupió un sortilegio de palabras que eran paja entre las que cuatro eran granos de trigo: “La guerra ha terminado”. Las mujeres lloraron y las campanas de la iglesia comenzaron a sonar en honor a los fallecidos en el frente. Ya sólo quedaba la esperanza de que volvieran los maridos y padres, los trabajadores, los salvadores del pueblo... ellas no podían hacer nada. Los necesitaban.

Por eso cuando un carruaje decrepito llegó por la única entrada del pueblo todos estaban reunidos de nuevo en la plaza. Bajaron un total de diez hombres. Dos días después llegarían cuatro más, heridos e inhabilitados para el resto de sus días. Uno de ellos moriría a las pocas horas de entrar en su hogar... pero ahora estamos en la llegada de los diez primeros. Uno de ellos es Ángel, el enterrador. Durante su ausencia su labor la han llevado a cabo los viejos. Los más jóvenes vivían ocultos, puesto que de vez en cuando aparecían soldados en busca de combatientes. Los diez hombres parecen fantasmas, esqueletos con la piel colgante como un trapo sucio, los ojos hundidos en las

cuencas reflejando esa miseria y sus ropas hechas jirones. Cuatro de ellos están negros como el carbón, como si los hubieran metido en el mismísimo infierno para después escupirlos con una estúpida disculpa. Sus esposas los besan y lloran de alegría, sus hijos los abrazan; los demás lloran a su vez porque los suyos no están entre los recién llegados. Y los diez espectros no cambian de expresión hasta que uno de ellos se deja caer de rodillas y gime en un grito que hace eco en la plaza. A muchos se les pone la piel de gallina. Los otros nueve le lanzan miradas de reproche y vergüenza. Todos han matado.

A todos les espera lo mismo en casa. Ángel camina con la mirada perdida hasta su casa acompañado de su esposa y su hijo. Se sienta a la mesa y su esposa le sirve un caldo hecho con los huesos de un cerdo. Lo toma sin rechistar, come un trozo de queso rancio y un bocado de pan duro. Y no rechista. Su esposa lo lava con una palangana de agua y jabón casero, frota su cuerpo con fuerza y saca toda la suciedad y la sangre incrustadas, pero ve que sigue siendo negra por las quemaduras. Y él no rechista. Ya en la cama le hace el amor a su mujer mecánicamente, empujando entre los gemidos de su esposa. Ella duerme tranquila a sabiendas de que su marido está sano y salvo; raro, pero sano y salvo. Él pasa la noche con los ojos muy abiertos y se desentiende para siempre de ser feliz, porque muchas imágenes rondan en su cabeza como la serie de fotogramas de una película en blanco y negro.

Cuando traen al moribundo las campanas de la iglesia anuncian muerte a las pocas horas. Ángel se levanta de la silla en la que ha pasado muchas horas durante los dos días que lleva en casa. Su esposa y su hijo no dicen nada, pero el hombre llama a su retoño y él obedece sin mediar palabra. Se dirigen al cementerio del pueblo. El hijo del enterrador se llama Javier, como su abuelo. Tiene quince años para dieciséis, aunque su aspecto es de enclenque. Ha vivido oculto en la casa hasta que la guerra ha terminado, y

no encuentra a su padre en el hombre que ha vuelto. Ángel abre la cancela y busca entre las lápidas el lugar en el que cavar. Coge una pala del cobertizo y señala el terreno indicado. Los Cojos tienen comprada esa parcela para la familia. Son cosas que sólo conoce el enterrador. Comienza a cavar y Javier se adelanta para coger la pala, pero su padre niega con la cabeza. Nunca ha hecho nadie su trabajo por él. Javier puede trabajar en el campo, puede ayudar a cualquier pastor, a los muleros... pero jamás ha hecho la tarea de su padre.

-Pronto será la mía –comenta Ángel.

Su hijo guarda silencio por respeto. Sabe que no tiene nada que objetar, porque *ése no es su padre*. Su padre estaba vivo y ese hombre no. Las paladas de tierra van formando un montón en una carretilla conforme la fosa crece. Ángel suda por el esfuerzo, y a sus casi cuarenta años aparenta al menos setenta.

Dos meses han pasado desde después de la guerra y muchos otros han muerto, sobre todo bebés y viejos. Javier está con otros muchachos en la tasca de Rodrigo *el Pajarico* bebiendo vino y hablando de lo mal que está el campo ese año, de qué mierda de cosecha va a haber para no variar, de propuestas sobre largarse a la ciudad que no verán la luz... de las banalidades acerca de las que pueden hablar unos muchachos de pueblo. Javier, después de todo, tiene suerte, porque sabe que a su padre no le faltará trabajo, y además es hijo único porque tras nacer él su madre quedó estéril, yerma como la tierra de alrededor. Su padre sigue con la misma actitud taciturna, casi sin hablar y con una continua mirada de terror. Es como si continuamente viera algo invisible para los demás, algo aterrador... Y lo cierto es que pasan cosas.

Al poco de venir Ángel en la casa suceden cosas extrañas. Un día todos los cuadros y retratos de las paredes amanecieron en su lugar correspondiente, todos

excepto aquellos en los que aparecía el padre de Javier. El muchacho fue el primero en levantarse –su padre ha dejado de ser el primero en muchas cosas- y vio que todas las imágenes de su padre aparecían vueltas; las fotografías estaban perfectamente enmarcadas con sus cristales, pero en lugar de revelar el rostro serio de su padre mostraban el dorso de papel. Javier descolgó los cuadros y dispuso las fotos correctamente. Cuando sus padres se levantaron fue como el resto de los días, y Javier no comentó nada al respecto. Se estaba callando muchas cosas.

Como esa han pasado muchas más. Javier le pidió consejo a Don Santiago, el párroco del pueblo, y éste no pudo más que darle una botella de agua bendita y mandarle rezar diez padrenuestros. Todas las habitaciones de la casa han sido espurreadas con el líquido sacro, y a Javier le escuece la boca de tanto rezar.

-¿Tú qué dices? ¿Javier, estás ahí?

-¿Decías algo?

-Hay que ver con el fandanguero, que parece que no está. Te preguntaba que si te has pasado hoy a ver a la Violeta, que seguro que la tienes esperando. ¿En qué piensas?

-Esta mañana me ha pasado algo extraño –comenta Javier. –No sé, lo mismo os reís de mí, pero desde que mi padre vino del frente están pasando cosas raras.

-No me digas que tú también ves fantasmas. Mi abuela se pasa el día entero hablando con las ánimas de sus padres y de mi abuelo.

-Va en serio. Joder, no empieces con las tonterías que me lo guardo para mí.

-Venga hombre, cuenta.

-Mi padre se muere un día de estos –comenta Javier. –Por las noches es como si la casa estuviera llena de gente, y bien sabéis que sólo estamos mis padres y yo. Además, una vez que se pone el sol estamos todos en la cama.

-¡Eso son sueños tuyos!

-Que no... no son sólo ruidos. Por la rendija de la puerta veo sombras, y se oyen voces de personas que no son las de mis padres. No entiendo lo que dicen, pero alguna vez he oído, y bien oído, llamar a mi padre.

-¿Y qué dices que te ha pasado esta mañana?

-En la puerta había atado un perro en carne viva, desollado y con la piel colgando.

-Eso ha sido algún gracioso.

-Jose, mírame a la cara y dime que la gente está ahora para bromas. Y que eso no era lo peor, porque al perro se lo acababan de hacer cuando he salido a la calle.

-¿Y eso cómo lo sabes? ¿Es que has visto a alguien corriendo?

- Ojalá. Lo peor es que el perro estaba todavía ladrando, gimiendo. Joder, que me ha mirado a los ojos con la piel colgando y atado de las cuatro patas.

-Si nos estás tomando el pelo esto tiene muy poca gracia. ¿Y qué has hecho?

-Pues qué iba a hacer. Matarlo.

Javier ya está en la cama, como todas las noches. Está cansado y sin embargo aún no puede dormir. Cuando lleva un rato en la cama y los párpados empiezan a pesarle algo lo despierta. Esas voces y esos ruidos. Javier se sienta en la cama e intenta adivinar qué dicen. No son su padre ni su madre, eso está claro. Las sombras desfilan por el pasillo entre susurros y pasan por delante del dormitorio del joven. Pasan como todas las noches. Pasan. Pero una se detiene. Javier abre los ojos y la boca y de repente se siente muy mal, mareado y con la boca llena de saliva que no sabe de dónde ha salido. De repente comienzan a sonar golpes en la puerta, porrazos secos y bruscos para que abra, y Javier se oculta entre el lío de sábanas y mantas entre gemidos. Desde su

posición ve el movimiento de la puerta entre sus crujidos. Un crucifijo se descuelga de la pared, y entonces el joven se da cuenta de que está solo porque nadie va a acudir a ayudarlo. Su padre no se levantará.

Todo se calma y los ruidos cesan. Javier echa a un lado las mantas para observar que todo está bien, pero no es así, porque la sombra permanece ahí. Una voz profunda, grave, masculina y venida de ultratumba comienza a llamar entre gritos:

-¡Ángel! ¡Ángel! ¡Ángel! ¡Ángel! ¡Ángel!

El muchacho se vuelve a refugiar en la cama y trata de taparse los oídos con las dos manos. Llaman a su padre, ¿por qué van a su puerta? El silencio hace acto de presencia, pero esta vez sí que se queda. Javier permanece hecho un ovillo sobre el colchón, y cuando la serenidad del hogar es plena, entonces, sólo entonces, comienza a llorar por primera vez desde que tenía seis años, cuando su padre mató a su perro porque estaba rabioso. Y recordando ese sueño se deja llevar al otro lado.

De nuevo está atardeciendo y Javier está con sus amigos en el bar bebiendo vino hecho por el propio Rodrigo.

-Bueno, ¿qué te ha dicho tu Violeta?

-Pues qué me iba a decir. Que ayer no me pasé a verla por la noche y estaba enfadada –responde Javier.

-A todas las mujeres les pasa lo mismo hasta que te casas con ellas –explica Rodrigo. –Entonces sí que saben bien quién manda.

-Ponte algo para comer, Rodrigo.

El camarero se agacha y saca tras la barra un plato de aceitunas.

-Eso, eso, que no falte lo bueno.

-¿Insinúas que estas aceitunas no son las mejores? Míralo, Javier, el mequetrefe de tu amigo.

Javier no le ha contado a nadie lo de la noche anterior.

-Deja, Rodrigo, que estoy pensando.

El camarero lo mira con el ceño fruncido durante un rato, arquea las cejas y suspira.

-Desde luego, -manifiesta- la gente de ahora sois más raros. Todo el día comiéndose la cabeza cuando no es por una cosa, por otra. Parece que no os corre sangre por las venas. Con lo que ha sido tu padre...

Y como si fuera una invocación, ahí fuera un gato eleva un maullido agudo y quejumbroso, como el llanto de un bebé. Un hombre al otro lado de la barra comenta:

-Ya se ha muerto alguien. Cuando los gatos cantan en mitad de la noche es porque ven a la Muerte, que eso lo hemos sabido aquí desde siempre. ¿Habéis visto cómo no han parado de maullar desde que empezó la guerra?

-O si no -comenta Jose -es que están en celo.

Todos van a irrumpir en carcajadas pero un sonido, como una fuerza omnipresente, los detiene y palidecen. Lo que suena son las campanas de la iglesia, y su repicar lento y triste es inconfundible: ahora sí es cierto que alguien ha muerto.

-Esto no es bueno. A este ritmo dentro de un par de años quedamos en el pueblo cuatro gatos -dice el dueño del bar. -¿Quién habrá sido ahora?

Javier palidece más aún y un sudor frío hace que tiemble de pies a cabeza. Él ya lo sabe, y cuando el hijo de la vecina entra buscándolo las dudas esperanzadoras que pudieran quedar se disuelven por completo. Su padre yace en su lecho. El enterrador ha muerto.

Javier no se había equivocado en esa experiencia extrasensorial que habían supuesto las evidencias de la pronta muerte de su padre. Ángel *el de la fandanguera* había encontrado su final. El velatorio ya había concluido y el rostro de su padre, frío y blanco como un ópalo, presidía la estancia; ni siquiera las quemaduras podían ocultar la blancura de la piel. La noche de antes, al entrar en su casa Javier había encontrado a algunos vecinos ya reunidos. Su padre estaba trajeado y con las manos cruzadas sobre el regazo, sentado en una mecedora. Por eso el tiempo de oración por Ángel había volado delante de Javier sin que éste se diera cuenta. Su madre tenía el rostro arrugado y más envejecido que de costumbre, y las ropas negras aumentaban esa sobriedad taciturna. Ahora estaban solos en la casa Javier y su madre. Y el cadáver de Ángel. Durante la espera madre e hijo no intercambian palabras; durante el tiempo del velatorio se han dicho todo y nada con las miradas. Ambos saben qué hacer a partir de ese momento.

El carro llega y varios hombres meten al cadáver en un féretro sencillo para conducirlo a la iglesia, donde se celebra la misa por el enterrador y las oraciones necesarias por su alma. Y cuando el alma está tranquila la gente comienza a despedirse con un murmullo amortiguado a sabiendas de que la tradición ha de seguir como la vida sigue después de la muerte. Así pues, cuando la gente se ha despedido Don Santiago bendice a madre e hijo y deja todo dispuesto para que hagan descansar al cuerpo.

-Javier, si se lo pides a mi primo Martín él te ayudará –sugiere su madre, pero Javier, bien por obstinación bien por orgullo niega con la cabeza.

Los hombres que lo han ayudado suben el ataúd al carro y lo llevan a la salida del pueblo, a la puerta del cementerio. Durante el camino mira sin interés las hileras de olivos en la tierra polvorienta y recuerda la última fotografía que tiene de su padre. en medio del campo, con el rostro quemado en un gesto de pavor y aprehendiendo el sombrero con fuerza. Javier se descuelga la llave que lleva al cuello y abre la verja

oxidada. Guían la caja de madera hasta el lugar indicado y los hombres se ofrecen a ayudar al muchacho. Nuevamente se niega, de modo que los dos individuos se alejan como dos sombras hasta que son invisibles.

Javier mira al ataúd sin ser totalmente consciente aún de que en el interior reposa el cuerpo de su padre. Ahora él es el enterrador, como ha sido desde que el pueblo puede recordar. Su bisabuelo, su abuelo, su padre, él... y otros tantos antepasados se habían encargado del cementerio. Cuando se quiere dar cuenta es más tarde de lo que debería, y no sabe cuánto tiempo lleva ahí mirando al infinito. Los maullidos de un gato lo despiertan de su embelesamiento.

Bordea el féretro y se encamina al cobertizo, desde donde surge el maullido premonitorio del gato. Abre y encuentra a Guardián, un gato negro y ciego que vigila el cementerio, aunque Javier duda de la ceguera del animal pese a los ojos lechosos. Busca la pala con la que cavar la fosa y regresa junto a la caja de madera. Toma la pala entre sus manos y observa que en el mango están las marcas de las manos de su padre, pero también las de su abuelo, su tatarabuelo y todos los antepasados que fueron enterradores, así hasta llegar a *la Fandanguera*, la madre del primero de ellos. Es curioso cómo en una cultura en la que la mujer pierde el apellido, ésta ha guardado el vínculo de la sangre por varias generaciones. Comienza a cavar con desgana y a la vez con el desasosiego de la soledad y de pensar que su padre lo observa. Sólo están ellos dos. De vez en cuando pasa Guardián bufando a entes invisibles, persiguiendo sombras que él no llega a distinguir.

El cementerio es un paisaje desolado que le recuerda su brevedad e insignificancia entre sombras de cipreses que se pierden en el negro de la noche. No obstante, varias nubes opalinas ascienden entre las losas de mármol. Fuegos fatuos son

las palabras indicadas para describir y nombrar el espectáculo, dos palabras que lo llegan a aterrar.

Porque ahora todo es distinto, porque ahora está solo, porque ahora ya es alguien en ese pueblo olvidado de la mano de Dios, por eso y por mucho más siente que el escenario que lo envuelve cambia a la misma velocidad que sus sentimientos, y se siente con todo el derecho del mundo a tener miedo, a querer ahogarse en sus lamentos, a temblar, a gritar por dentro. Cuando está hundido hasta las rodillas se detiene con la frente perlada de sudor. Hace calor en su interior, está cansado y piensa que la labor que está realizando es una especie de penitencia. Él está logrando algo por su padre, su esfuerzo está valiéndole el Cielo al fallecido. Guardián se cuela entre sus piernas mirando a todas partes con los ojos velados, maullando a seres que resultan invisibles para el joven. Ahora ya es un hombre.

La noche ha caído sobre el cementerio y la luna lanza destellos rojos desde el centro del firmamento. Es una luna redonda y gigante, pero tremendamente roja en lugar de blanca, como un círculo de fuego. Javier está hundido en la tierra hasta el cuello, y ante él se encuentra el ataúd como una sombra más. Las lápidas son elementos inertes aunque demasiado poderosos. De entre los yerbajos nacen como salientes de mármol y roca desgastada, oscurecida por el efecto de la humedad y ese ambiente mortífero donde los líquenes conforman un tapiz verde de parásito. El olor es una mezcla entre tierra, vegetación y *algo más*. Las neblinas brillantes se mueven como vestidos de gasa y en varios momentos Javier ha creído ver a alguien en el paraje desolador. Todo el cementerio es grisáceo excepto un punto anaranjado de luz junto a la fosa que el muchacho cava con desesperación.

De repente sale del agujero movido por algo superior a la simple claustrofobia y cae a escasos palmos de una lápida donde distingue el retrato de dos niñas en blanco y

negro. Dos niñas que parecen adultas por la adustez de sus gestos y esas miradas difusas que apuntan al más allá, como si en el momento de retratarse hubieran tenido la certeza de una muerte prematura. Posaron para la lápida.

Javier se levanta tembloroso y asegura el féretro de su padre. En un momento se plantea el abrir por última vez esa tapa de madera para ser el último en tener una estampa de Ángel Almagro. Pero en ese momento oye una voz que lo alienta a seguir con su trabajo, por lo que empuja con cuidado el ataúd hasta el borde de la fosa y lo hunde en la inmensidad del hoyo rectangular. Desde arriba se siente superior a su padre, no físicamente sino en todos los aspectos, y aunque le duele comienza a cubrir la superficie de madera con tierra hasta que deja de ser visible. Entonces se detiene para descansar y esquiva la escena de la superficie nublada donde emergen sombras de criptas y cipreses. Una brisa se cuele entre la bruma y crea torbellinos en el aire, como cuando cae un chorro de leche en un vaso de agua. Se oye el crujir quejumbroso de las ramas secas junto a otro sonido que asemeja un crepitar. Javier se vuelve sobre su cuerpo e intenta vislumbrar algo a través de esa frontera translúcida que constituye la niebla. Otro crujido, pero más profundo y cercano, y chasquidos, muchos chasquidos como huesos al crujir.

-¿Quién hay ahí?

Silencio.

Guardián pasa como una sombra huyendo de algo y se aleja perdiéndose de vista. Una silueta humana aparece a lo lejos y se va acentuando a la vez que se acerca. Javier se apoya en la pala con el corazón a galope y siente cómo le flaquean las piernas, pero no se deja llevar por el pánico y permanece en pie con el flequillo danzando por el hálito frío. Es una mujer robusta y gorda con la papada marcada. Viste de negro y porta entre las manos un ramo de flores secas.

-Tenga buena noche –saluda la mujer. Sus ojos pequeños escrutan al muchacho con una agudeza descarada.

-Así sea. ¿Viene usted de muy lejos? –inquire Javier.

-Qué más da. ¿Sabes para quién son estas flores? –y añade tras la negación del joven –Son para mi marido.

-¿Por qué flores marchitas?

-Porque mi marido está ya muerto. Busco a Ángel Almagro. *El de la fandanguera*, lo llaman.

-Señora, lo siento, pero a mi pesar es imposible que se encuentre con él. ¿Ve la tierra de esta tumba? Pues el señor al que busca yace en su interior; murió ayer tarde. Si en algo la puedo ayudar... Dígame qué quería.

-Quería verle la cara al asesino de mi marido –señala la mujer.

Javier se endereza y quiere decir tantas cosas a la vez que le es imposible articular palabra alguna. El farolillo naranja titila con el soplo del viento en medio de la bruma. La mujer alza el cuello y muestra una marca entre laceración y cicatriz como si algo la hubiera raspado y quemado en esa zona.

-Yo... no pude soportarlo. Todos los hombres vinieron excepto unos pocos. Las viudas no tenemos nada que hacer, vivimos de la caridad.

¿Se ha ahorcado? No puede ser, si lo hubiera hecho estaría muerta. No. Claro que no, esos son supercherías que se cuentan para que la gente no entre en los cementerios. Javier traga saliva y decide fingir, continuar la conversación como si no se hubiera percatado de nada extraño. Sólo hasta que termine de enterrar a Ángel Almagro, su padre, el hombre que mató al marido de esa mujer en la guerra, el hombre que mató a otros, el hombre que la obligó a suicidarse.

-¿Cuándo mató ese hombre a su marido?

-Fue en la guerra.

Javier sigue echando paladas de tierra en el foso ante triste mirada de la viuda. Su padre mató a mucha gente en la guerra, eso se sabía. Si no lo hubiera hecho, quizá la viuda sería su madre en este momento. ¿Pero por qué reprochar algo de lo que no habrían podido librarse de todos modos?

-Si fue en la guerra ya está todo dicho.

La mujer comienza a llorar ante las palabras de Javier. Los gemidos se pierden a lo largo del cementerio como una sirena tétrica. La Muerte ha estado avisando a Javier de su llegada y él no ha reaccionado: los cuadros, el perro, las sombras y las voces. Pero nunca nada plenamente corpóreo; sólo señales palpitantes y escabrosas. Y ahora esa mujer. El enterrador acaba de sellar la tumba de su padre y se deja caer para tomar aire. A través de la neblina siguen apareciendo sombras por doquier, como si esos seres que descansan bajo tierra se levantaran en la oscuridad para estirar el esqueleto y no olvidar del todo cómo es este mundo. Una voz perdida de hombre comienza a cantar algo apenas oíble, pero doloroso.

-Me voy ya. Mi madre está esperando –señala Javier.

-Dile que ha tenido mucha suerte, que no es lo mismo que el marido de una muera lejos, sin entierro ni bendición, que en la misma casa. Díselo.

Javier tiembla de pies a cabeza porque no recuerda haberle dicho a esa mujer que él es el hijo de Ángel.

-Se lo diré.

El muchacho coge el farolillo y la pala, guarda la herramienta en el cobertizo y cierra la puerta. Escucha el chirrido de la puerta del cementerio, que ahora mismo es invisible por el fósforo que flota sobre las tumbas. Primero piensa que habrá sido la viuda al salir, pero después la ve junto a la tumba recién excavada de su padre

mirándolo lánguidamente. Camina unas tumbas más adelante entre cruces y ángeles de piedra musgosa cuando encuentra una sombra más marcada que las demás. Cuando la forma aumenta y se va definiendo Javier se deja caer sobre el piso de tierra dura y yerma, al contrario de como debería ser la tierra de un cementerio. Es una mujer joven que viste un camisón blanco hasta los tobillos. Su cabello ondea levemente contra el viento.

-Javier, –susurra –Javier, soy yo.

-¿Violeta? ¿Eres tú, Violeta?

-Sí.

Javier la observa y se levanta algo aturdido y con la impresión de estar haciendo el ridículo. Su novia lo mira detenidamente y después lo abraza.

-¿Pero estás loca? ¿Se puede saber qué haces aquí tan tarde?

-Que no dejaba de pensar en ti, Javier, aquí tan solo y haciendo lo que tienes que hacer. Desde lo de mi padre mi madre no nos puede controlar, y hace unas horas me levanté de la cama y salí por la ventana.

-¿Cómo es que no has entrado antes?

-Vas a pensar que todavía soy una niña, pero me da miedo. He estado fuera sin atreverme a entrar a pesar de que te oía hablar. ¿Con quién hablabas?

-Con esa mujer –indica Javier apuntando con el dedo, pero no hay nadie ahí.

-¿Qué mujer?

-Déjalo. Venga, vamos antes de que amanezca. Ya sabes cómo piensa la gente.

Bajo el amparo de las estatuas y los cipreses abandonan el cementerio. Javier vuelve la vista una y otra vez divisando sólo sombras que lo aterran y fascinan a la vez. Algún día tal vez vea a su padre en el lugar como a la viuda.

Sí, algún día.

Y me remito a lo ya dicho. Después de la guerra sólo queda el después, la Miseria, la tristeza. El olvido.